

CAPITULO VII

NO TE APURES

(Sabiduría de las Naciones.)

LEGADOS días antes que los bohemios, según el nuevo plan de Rouletabille, que consistía no en seguirlos, sino en precederlos, nuestros tres mozos dedicaron el tiempo de espera en inspeccionar el país. En las comarcas en que suelen detenerse antes de la etapa final las carayanas que van a Sever-Turn o vuelven, las autoridades locales habían designado desde remota fecha los parajes, alejados de los centros urbanos, en los que los nómadas podían acampar, parar las carretas y levantar las tiendas.

Así, pues, les fué fácil a Rouletabille, a Juan y a Hubert estudiar las más leves sinuosidades del terreno y de antemano idear el partido que podrían sacar.

La sociedad se mantenía incólume, pero conforme el momento crítico se acercaba, crecía la desconfian-

na mutua en la pequeña comunidad. Juan hasta columbraba en la conducta de Rouletabille puntos oscuros, que sin cesar le desasosegaban. ¿A qué se obstinó, por ejemplo, desde un principio en querer obrar aisladamente, sin el apoyo que podrían prestarles las autoridades locales? ¿Por qué compartía respecto de esto el parecer de Hubert, partidario, por razones que ambos conocían, de mezclar el menor número posible de personas en aquella aventura, de la cual, al cabo, esperaba aprovecharse solo, por la astucia o por la fuerza?

Rouletabille había expuesto a Juan algunas razones basadas en la indiferencia de las autoridades o en su resistencia a intervenir en asuntos peculiares de los nómadas..., pero Juan no las estimó concluyentes.

Así decía con insistencia:

—Tú representas a uno de los primeros diarios del mundo; tú eres Rouletabille, una fuerza hartamente conocida, con la que todos han de contar... ¡En un asunto tan resonante, se te ha de escuchar! En todo caso es inadmisibile que, disponiendo del arma omnipotente de la prensa, no intentes nada por este lado. Si fracasamos por obrar aislados, cargarás con una gran responsabilidad.

—Está bien—acabó respondiendo Rouletabille—; ya que te empeñas, iré a ver a las autoridades. Pero entonces será inútil celar nuestra personalidad; se sabrá que estoy aquí. Repara en que los cingaros, sobre

todo en estos momentos, tienen espías en el lugar; yo soy el blanco, y sabes por qué. Inmediatamente recibirían el soplo...

—No hablemos más... Ya comprendo... Tiene razón de ser tu prudencia...

—Ea... —advirtió Rouletabille ya enfadado—. ¿Crees que soy prudente por mi persona? ¿Crees que tengo miedo?

—Cálmate, Rouletabille; no he dicho eso.

—Pero quizás lo hayas pensado... ¡Qué diablo! Es tu modo de proceder.

Así, en estas condiciones, fué como Rouletabille se presentó al jefe de Policía de Temesvar, vestido con su traje habitual, especie de uniforme peculiarmente suyo, para demostrar que no tenía miedo...

Realmente no esperó cosa buena de aquel paso y ya sabemos cómo no salió frustrada su sospecha. No quiso darle sino después de la llegada y acampamento de los bohemios, y después de cerciorarse de la presencia de Odette con su Zina, Andrés y Calixta, y de toda la banda, que constituía una especie de real cortejo. Ahora era preciso no dejar a nadie espacio para prevenirles. Al día siguiente, por la mañana, sería quizás demasiado tarde; los gitanos se enterarían de lo ocurrido en el despacho del jefe de Policía y seguramente tomarían sus precauciones.

Al salir de Temesvar-Pesth (que no hay que confundir con la plaza fuerte de Temesvar, en la orilla dere-

cha de la Bega; Temesvar-Pest es una antigua y pequeña ciudad sita en la meseta que domina al Danubio, frente a Puertas de Hierro; cerca de allí está el desfiladero que a través de los Alpes de Transilvania, entre Servia y Rumania, se enlaza con las primeras estribaciones de los Balkanes, detrás de los cuales se explaya Sever-Turn y el Patriarcado de Transbalkania); al salir, pues, de Temesvar-Pest, lanzó su caballo a galope a través de la puerta, camino del mesón en que los tres mozos establecieron su cuartel general. Era aquél el mismo mesón en que se detuvo Hubert recientemente con el cingaro que venía de Sever-Turn, y el cual le habló por primera vez de la *queyra*.

En este momento daba Juan la última ojeada a los dos caballos que estaban atados a la puerta de la sala común... Los tres socios habían comprado tres hermosos potros, llenos de nervio, capaces de aguantar largo esfuerzo y veloces como el viento. Prefirieron esto a comprar un auto en un país en que las pocas carreteras construídas están mal conservadas, y a mayor abundamiento, porque quizás habrían de moverse en los antiguos Balkanes, y en ellos, ante el primer obstáculo, no hubieran podido seguir adelante. En fin, con esta combinación podían a cada minuto, según las exigencias del momento, «trabajar» conjuntamente, o bien separarse para reunirse en seguida, según lo pidiera el interés de todos.

Después de comprobar que se había echado el

pienso a los potros, Juan entró en la sala común, vacía a la sazón. Casi al mismo tiempo se abrió una puerta recayente a la escalera y entró un hombre que Juan, de pronto, no reconoció, y tomó por cingaro...

Iba realmente vestido, poco más o menos, como Andrés, con armas al cinto y ancho pantalón enfundado en polainas; negro mostacho de enormes guías ornaba su atezado rostro. Era Hubert, y se echó a reír:

—Ea, señor de Santierne, ¿cómo me encuentra usted?

—Muy bien disfrazado. ¿Qué se propone?

Hubert se sentó, encendió un cigarrillo, cruzó las piernas y dijo:

—Soy de ustedes el único que habla romancho, el único que puede acercarse a Odette. Me creerán de la raza... Tenga confianza.

Juan se puso rojo como la grana al oír «soy el único de ustedes que puede acercarse a Odette». Miró ferozmente a aquel hombre que parecía escarnecerle y dijo:

—Lo malo es que no tengo confianza alguna en usted, señor de Lauriac.

—Hace usted mal—subrayó Hubert sin alterarse—. Realmente trabajo en provecho mío al querer salvar a Odette; pero no tema usted... no me casaré con ella por la fuerza... Además son ustedes dos para impedirme, si es preciso... Obre usted, pues, o más bien

déjeme obrar, como si tuviera usted confianza en mi señor de Santierne...

—No tengo confianza en usted—repuso Juan—, y voy a decirle por qué..., pues es ya precisa una explicación entre nosotros...

—¡Ahl, ¿lo cree usted? A mí no me urge..., podríamos aplazarla para luego.

—Señor de Lauriac..., usted quiere traicionarnos..., pero no lo logrará usted... Le seguí a usted la otra noche en Innsbruck.

Hubert no pudo disimular un gesto. Se repuso, sin embargo, al punto, y empezó a sonreír...

Juan siguió diciendo:

—Le he visto a usted con la señora de Meyrens.

Y luego repuso Hubert con presteza, volviéndose hacia Juan, y clavando en sus ojos la mirada:

—La señora de Meyrens es la peor enemiga mía y la peor de Rouletabille...

—¡Ahl, sí que es raro... Yo creí que era sólo enemiga de Rouletabille...

—Debió bastar esto, señor, para no acudir, en las circunstancias que arrostramos, a la cita que le propuso.

—Escuche, señor de Santierne—replicó Hubert cada vez más tranquilo—. Yo no conocía a esta señora, y le juro por la cabeza de la señorita de Lavardens, tan cara para mí, al menos, como para usted, que yo no sabía que esa señora estuviese en Innsbruck. Les

siguió a ustedes desde su salida de Francia, segura de dar con Rouletabille, al cual, en efecto, detesta, según me dijo, y me propuso una cita en Innsbruck para leerme una carta que realmente me ha sorprendido...

—¿Y qué?—preguntó Juan conmovido por el acento de sinceridad de su interlocutor.

—Pues, naturalmente, me picó la curiosidad de saber lo que había de comunicarme la desconocida.

—La conversación debió de ser interesante—dijo Juan con sorna.

—Muy interesante—recalcó Hubert con feroz sonrisa—. La señora de Meyrens sólo quería comunicarme que en este asunto el amigo de usted, Rouletabille, no trabajaba ni por usted ni por mí, naturalmente..., sino en provecho propio... ¡Ama a Odette!

Juan palideció.

—Eso es una infame mentira—profirió con voz enronquecida.

—Eso, poco más o menos, le repliqué yo también...

—Lo dudo, señor—expuso Juan, que mal contenía la cólera que ya corría por su sangre—... Lo dudo, porque si no recuerdo mal, en el proceso que estuvo a punto de serle fatal, si no hubiera demostrado su inocencia la persona que ahora usted acusa, declaró usted cosas que a poco infiltran en mi espíritu la duda de la buena fe y de la sincera amistad de Rouletabille... ¡Afortunadamente, ha tiempo que conozco su alma y le creo incapaz de semejante traición!...

—La situación excepcional en que me hallaba—replicó Hubert, cuya sangre fría contrastaba con el desasosiego creciente de su interlocutor—pudo inducirme a declarar cosas cuyo alcance no medí bien: era víctima de todos ustedes... y la injusticia que pesaba sobre mí, particularmente la proveniente de ustedes, señor, dió pie a declaraciones mías que seguramente no iban a serles agradables... De esto a acusar a Rouletabille media un abismo..., pero la señora de Meyrens sí que le acusa... Usted ha querido saber lo que me dijo. Y ya le he repetido fielmente sus palabras...

—Y ciertamente usted protestó...

—Pedí pruebas.

—¿Y sé las dió?

—Cabales.

—Usted ha dicho mucho o no ha dicho lo bastante. Tengo ahora derecho a saberlo todo... ¿Qué pruebas son esas?

—¿Sabe usted, señor, que la señorita de Lavardens, días antes del drama del *Viei Caston Nou*, estuvo en París?

—¡En París! Vamos, hombre, lo hubiera yo sabido antes que nadie; supe, sí, que hizo un viaje...

—Pues bien; estuvo en casa de Rouletabille.

—¡En casa de Rouletabille! Si la señora de Meyrens le ha dicho *realmente* tal cosa, miente. ¡Ah, mujer abominable!—exclamó Juan, que sudaba copiosamente y

que se sentó, pues empezaba a marearle aquel horrible relato.

—Me abstuve, naturalmente, de creer a la señora de Meyrens por su palabra—replicó Hubert con la más cruel sonrisa—; pero me enseñó dos cartas de la señorita de Lavardens: una en la que anunciaba a Rouletabille su llegada, rogándole que nada dijese, y otra en la que le comunicaba la cólera de su padre en cuanto la vió al regreso. Termina esta última carta la señorita de Lavardens acariciando la esperanza de que pronto *vuelvan las horas felices que pasaron juntos*.

Juan conocía bien a Odette; conocía su entereza, su buena fe infantil. Era tan extraordinario, tan imposible lo que oía, que con toda su alma se resistió a creer en semejante ignominia. La acusación era tan excesiva que su misma proporción libró por el momento al joven de un ataque de locura. ¡Era aquello demasiado fuerte! La señora de Meyrens fué demasiado lejos. ¡Que cayese en el ceño el señor de Lauriac, que no conocía como él a Odette, pase!; ¡pero él! Entre la señora de Meyrens y Odette no cabía titubeo.

Súbitamente recuperó su serenidad.

—*Esas cartas son apócrifas*. Esta es, señor, mi única respuesta. Y ahora diviso a Rouletabille. No se hable más de este cuento alucinante. No le inferiré a mi amigo la injuria de mentarle... Y puesto que dice usted que ama también a Odette, olvide esas infamias... Es preciso por ella, por su honor, por el nues-

tro, por el de usted, señor, si aún le queda alguno...

—¡Caballero!

—¡Caballero!

Y se irguieron y encararon, midiéndose con las miradas, como si fueran a agarrarse... Pero Rouletabille llegó a tiempo para separarlos. Se apeó del caballo y, veloz, se interpuso entre ambos. Había inmediatamente reconocido a Hubert, a pesar del disfraz.

—Señores, ¿qué ocurre?

—Nada—replicó Juan, que intentó con sobrehumano esfuerzo recuperar un poco de calma.

Y bien la necesitaba ante Rouletabille; *sobre todo ante Rouletabille*, porque, a pesar de su caballeresco y noble gesto, Hubert le acababa de abrir en el corazón una herida muy difícil de cerrar.

—Creo que he llegado a tiempo—refunfuñó el repórter—. Saben ustedes que los duelos están prohibidos cuando se tiene enfrente al enemigo.

—El señor de Santierne reprueba—expuso Hubert fríamente—que me haya disfrazado de gitano para lograr el acceso al campamento a fin de hablar con la señorita de Lavardens y facilitar así su fuga... Yo hablo de corrido romancho y estoy seguro del éxito.

—Sí; pero yo no lo estoy de usted—le espetó de nuevo Santierne.

—Esta es, señor mío, la segunda vez que usted me lo dice.

—Juan, te lo ruego, cállate... Va en ello la salvación

de Odette. Ustedes me han reconocido como jefe. Sólo yo, pues, mando y decido. Las autoridades de Temesvar-Pest nada quieren saber... Hemos, pues, de reducirnos a contar con nuestros propios recursos. En tales condiciones, me parece excelente el plan del señor de Lauriac. Si no se hubiera disfrazado de gitano, le hubiera rogado que así lo hiciera. Ea, señor, en marcha, y buena y rápida suerte. Nosotros le seguimos... No le perderemos de vista... No porque dude de usted, sino porque conviene, en esta coyuntura que pide nuestro triple esfuerzo para salvar a una persona cara a los tres, estemos prontos a prestarnos inmediata ayuda. Bastará una llamada suya para lanzarnos y estar acordes... Ahora, señores, a las sillas.

Y montaron los tres a caballo. Había ya enteramente anochecido; por el cielo cabalgaban, impelidas por el viento frío de la sierra, bajas las nubes, cada vez más densas, que a largos intervalos celaban una brillante luna.

—No podríamos desear tiempo más propicio, señores. Podremos, alternativamente, ocultarnos y observar.

Juan, impaciente, picaba ya los ijares de su caballería.

Rouletabille se ladeó y le cogió las bridas.

—Espera, te lo ruego. Señor de Lauriac, buena suerte.

Hubert se adelantó y se sumió en la noche.

—¡Ah!—refunfuñó Juan, ya en el límite de su paciencia, y que rugía al verse detenido por Rouletabille—. ¿Pero aquí estás por él o por mí?

—¡Por Odette! Piensa menos en él y menos también en ti.

—Pero nos la va a quitar.

—¡Ojalá! Conviene primero que nos la quite para que podamos quitársela a él.

—Entonces, pues, sigámosle.

—No—exclamó Rouletabille—. Venite conmigo.

Y habiendo llegado en esto a una encrucijada, arreó el caballo en dirección a Oriente, desviándose así del camino que tomara Hubert.

—Te diriges hacia Sever-Turn—exclamó Juan—. Tomas el camino que va al hogar de los gitanos... pero Hubert huirá de los gitanos en cuanto les quite a Odette y no le veremos ya más; no veremos ni a él ni a su presa.

—Haz lo que te digo si quieres volver a ver a Odette.

—Rouletabille, estás loco; o más bien, no, no lo estás. Eres muy grande... demasiado grande para mí... Prefiero no decirte más. Quieres que nos separemos. ¿No es eso lo que pretendes? Pues bien, separémonos.

—Juan, te lo suplico, escúchame...—le espetó por última vez Rouletabille.

—Rouletabille, nunca tuve confianza en Hubert... y ya no la tengo en ti.

Y dando furiosas patadas en los ijares de su caballería, desapareció en la dirección tomada por Hubert.

—Pues bien, sólo faltaba esto—exclamó Rouletabille estupefacto—. ¿Qué mosca le ha picado? Y heme aquí ahora solo para dar el gran golpe. ¡Ah!, buenos amigos de otros tiempos, fieles compañeros de aventuras, señor Candeur, Vladimiro, ¿dónde estáis? En fin, querido Rouletabille, hay que triunfar a toda costa... a pesar de todo; «no te apures».

Y se alejó, llevando al paso a la caballería y llenando de tabaco melancólicamente la pipa.

CAPITULO VIII

VINO EL QUE NO ESPERABA

HUBERT llegó al campamento de los gitanos a galope y sin rebozo.

Rodeóle al punto toda la horda, hombres y mujeres, que le hicieron a la vez mil preguntas.

Dijo que quería hablar con el jefe; entonces el herrero Suco le llevó a la presencia de Sumbalo, al cual el jinete saludó a usanza gitana. Apeóse Hubert y, sujetando al caballo de la brida, explicó que venía de Sever-Turn, en nombre del patriarca, para hablar con la *queyra*.

Todos los que le rodeaban prorrumpieron en gritos de alegría y pidieron detalles de cuanto ocurría en la Santa Ciudad.

Describió el júbilo que en ella reinaba y la espera impaciente del pueblo. El Templo festejaba la vuelta; las casas lucían todos sus tapices; las campanas no cesaban de repicar; el gran Coesre (el que lleva el lá-

tigo en forma de aspa para flagelar al mundo) ordenó que le cosieran magnífico atavío; el patriarca había mandado correos a todas las capitales aledañas, y él traía del patriarca el encargo de saludar a la *queyra*... y luego debía reanudar su marcha hacia Occidente para comunicar la buena nueva al *pueblo de la ruta*.

El propio Sumbalo le llevó a presencia de Odette... Odette, desde la hora en que echó de su lado a Zina, yacía postrada en el lecho de la carreta. Había oído el murmullo que suscitó en el campamento la llegada del emisario de Sever-Turn; pero, habituada desde algunos días a aquellos gritos insólitos, ya apenas hacía caso. Eran siempre nuevas oleadas de cíngaros que acorrían a su encuentro para formar parte del cortejo, y en cuanto llegaban pedían verla.

Así, en cuanto sintió que la puerta se abría a sus espaldas, preparóse a recibir a los recién llegados con la misma gracia con que momentos antes recibiera a la vieja Zina.

Volvióse con gesto de rabia y quedó estupefacta al ver a aquel hombre, que, ciertamente, no le era desconocido. La lamparilla iluminó plenamente el rostro del nuevo visitante.

—¿No me reconoce usted, señorita? Soy Hubert de Lauriac.

De un brinco se incorporó:

—¡Usted... usted aquí!

Lauriac había dicho a Sumbalo, invocando la auto-

ridad del patriarca, que le era preciso hablar a solas con la reina, y el jefe de tribu no vió inconveniente en dejarle solo con ella un instante.

—Sí, yo—contestó—. ¿No tiene usted confianza en mí?

Odette no contestó nada de pronto. Pero bien presente tuvo que Hubert la adoraba, y sólo pudo haber venido con el intento de substraerla a los gitanos. ¡Luego, ya se vería!... Muy emocionada y anhelosa pidió noticias de su padre...

—Vengo por encargo suyo—repuso Hubert, sacando inmediatamente partido de la ignorancia de Odette.

—¿Y Juan? ¿Y Rouletabille? Ya sé que Rouletabille vino a New-Wachter...

—Juan quedó en Francia—expuso Hubert—... Y Rouletabille fué gravemente herido en New-Wachter, al querer librar a su criado Ojajai de la venganza de la horda que le rodea a usted.

Esta exposición concordaba tan exactamente con los hechos de Odette conocidos, que no puso en duda lo que Hubert decía... Pero cómo se conmovió su pobre corazón al saber que Juan permanecía en Francia y nada había intentado para salvarla! ¡En fin, sólo podía contar con Hubert, que, a pesar de todos los obstáculos y con peligro de la vida, había llegado hasta ella! ¡Sólo en él podía esperar, y esto le causaba mucha penal... Permaneció callada.

Hubert le dijo:

—La evasión será difícil... Habrá que prodigar valor.

Odette estaba resuelta; con voz que vanamente trató de mantener segura, expuso:

—Señor, no me faltarán alientos...

—Gracias, Odette—susurró Hubert muy emocionado—; seré digno de su confianza. Sabe usted que mi vida le pertenece... Le juro ahora que venceré.

Estas palabras hirieron el oído de Odette, pues al punto les dió un sentido inequívoco para ella.

—Señor—le repuso—, nada de ambigüedades... mi vida, mi vida no le pertenece a usted.

Hubert palideció, e inclinándose dijo:

—Señorita, no pido nada, nada que no sea el honor de devolverla a su padre.

Odette le tendió la mano. Hubert se la besó con tanto respeto, que logró tranquilizarla.

—Apenas me haya marchado, he aquí lo que le toca a usted hacer—empezó diciendo Hubert, después de mirar tras sí la puerta, por si se les estaba escuchando.

Pero no estaban allí, para espiarlos, ni Calixta ni Andrés...

En efecto, no se hallaban allí cuando Hubert llegó al campamento... Acababan de irse... No es que Calixta invitase a Andrés a seguirla, sino, por el contrario, se fué huyendo de la vigilancia insoportable del gitano, y paseando se internó en el bosque, aprove-

chando el momento en que Andrés, monopolizado por Zina, oía de sus labios las desdichas que le ocurrían con Odette...

Absorbía la vida entera de Calixta el acre goce de la venganza. Mientras fué «parisién», nunca creyó que podría tan fácilmente revivir su antigua vida andariega entre las promiscuidades de la horda. Se había plegado de nuevo sin empacho ni repugnancia a las costumbres cingaras, como si nunca hubiera probado los delicados goces de la vida civilizada. A ratos ella misma se asombraba, si bien atribuía tan excesiva docilidad a la prodigiosa satisfacción que le producía el saberse vengada. De todo le compensaba el espectáculo de la desdicha de Odette... Nunca se hartaba de verla llorar, y el corazón le saltaba de gozo al pensar en la desesperación de Juan... ¡Ah! ¡Cómo la había engañado! ¡Cómo burládose de ella! ¡Y en cuán poco la tuvo! Nunca la había amado en el fondo... Ella siempre fué para él juguete de placer, que se abraza y luego se deja como el suceso más natural del mundo, al cual ella debía someterse... Para Juan siempre fué la vagabunda de los caminos, a la cual se hace el favor de sonreír un momento, para dejarla de nuevo caída en el polvo de la carretera... ¡Ah! Sí, pero arrastró consigo a Odette... Que venga ahora a recuperarla... Contra él se levantarían los cingaros de todo el mundo... El hado singular que convertía a toda la horda en cómplice de su ven-

ganza, la seducía cual si fuese sonrisa de los dioses... ¡Estaba escrito!

Ya internada en el bosque, un viento frío, que soplabla de la lejana sierra, acarició su frente...

Caminaba hollando con sus sandalias de mimbre finos y secos tallos de soberbias plantas salpicadas de flores silvestres. Era la hora en que la tierra echaba su vaho y cada planta su perfume. En las alturas, por la parte de Oriente, se expandían anchas fajas de color oro y rosa, que parecían dibujadas torpemente por un pincel gigantesco. Por la parte de Occidente se iluminó de pronto la lóbrega oscuridad del cielo con el resplandor del incendio de los juncos secos que crecen al borde de ríos y lagunas. Luego se cerró de nuevo la noche.

El viento rugía con fuerza, y las ramas, por encima de su cabeza, doblábanse con gestos de amenaza. Calixta pensó que era hora de volver al campamento; también ella, como muchas, sólo temía esas cosas misteriosas y sin nombre que ocurren en el seno de las tinieblas, siempre en trance de aprisionarnos en la red de la desdicha.

Volvióse y se encaró con una sombra inmóvil.

Pronto vió que era la silueta de un hombre y se repuso al instante de su emoción.

—¡Ahl ¿Eres tú, Andrés?—dijo en tono colérico—. ¿Qué más quieres? ¿No me dejarás en paz un segundo?

—Oye, Calixta—dijo Andrés, con voz dulce y temblorosa—: sabes lo convenido entre nosotros y sabes que te quiero... He hecho cuanto has querido... Es preciso que te apiades de mí... Vuelvo a decirte que te quiero...

—Pues yo... no te quiero.

Siguió un paréntesis de silencio; Calixta le oía resoplar en la sombra... con ronco bufido de bestia pronta a saltar sobre la presa. Se echó a un lado y quiso huir en dirección al campamento, cuyas hogueras, que columbraba allá abajo, teñían de luz los troncos hasta el nivel de sus raíces corpulentas.

Pero Andrés le echó su terrible garra y la trajo hacia sí de modo brutal.

—Basta de cuentos... Si no me quieres, me querrás... Ya te has burlado bastante de Andrés.

Calixta pretendió alejarle...

—En Sever-Turn—le espetó—. Ya sabes lo que te dije: ¡en Sever-Turn!...

—Tú no verás ya nunca más Sever-Turn, si no eres mía esta noche...

Parecía una bestia salvaje... Calixta se resistía ferozmente... De pronto, vió brillar en su mano la hoja de un cuchillo...

Aquello no era broma. Se hizo cargo. Amaba la vida y cesó de forcejear.

Entonces, cuando Andrés la vió sumisa entre sus brazos, la invitó a sentarse apaciblemente a su lado.

Empezó a acariciarla, a abrazarla, a jugar con sus cabellos. Le dijo palabras ardientes y dulces, a usanza gitana...

Calixta cerró los ojos para no verle. Su docilidad era sólo aparente... Andrés entonces estampó un beso en la nieve de sus labios.

De pronto, surgieron del campamento recios clamores y se percibieron carreras desenfrenadas por la selva.

Se irguió al oír aquellos gritos desesperados. Alguien, al pasar, gritó envuelto en la noche:

—Nos robaron la *queyra*.

CAPITULO IX

EN SEVER-TURN

En estos tiempos de desconcierto siempre hay motivo para temer oscuras tracciones de malvados.

OTWAY.

EL hecho se realizó tal como Hubert lo preparara. Ya dijimos que los tres jóvenes emplearon el tiempo de espera en amojonar el terreno antes de la llegada de los gitanos. Solapadamente, Hubert trabajó por su cuenta y maquinó raptar a Odette en determinada forma. La joven asintió a todas sus sugerencias. Por lo demás, el plan era bien sencillo.

Al salir de la carreta mantuvo corta conversación con Sumbalo, el cual le invitó a quedarse a cenar y a pasar la noche en el campamento; pero Hubert se escudó en las órdenes recibidas y declinó todas las ofertas. Debía marchar en seguida... Subió, pues, a caballo y se fué a prudente marcha camino de Occidente,